

Judæorum, sed non minus flagellatur blasphemis falsorum christianorum. IDEM IN JOANN.

Omnia alia peccata videntur procedere, partim ex fragilitate humanæ naturæ, partim ex ignorantia: sed illud peccatum blasphemie procedit ex propria malitia: et quanto est major persona offensa, tanto major culpa, et plus crescit malitia culpæ, et sic blasphemia continet in se majorem malitiam aliis peccatis, et nullum es peccatum quod habeat in se tantam iniquitatem sicut blasphemia. S. BERNARD. SERM. XXXIII.

tes de los judíos, más ahora le azotan con sus blasfemias los malos cristianos.

Todos los demás pecados proceden, ó de la fragilidad humana, ó de la ignorancia: más el pecado de blasfemia viene de pura malicia: y cuanta más elevada es la persona ofendida, tanto mayor es la culpa, y tanto más aumenta su malicia; por esto la blasfemia lleva en sí más malicia que los otros pecados, en términos, que no hay pecado tan abominable y horroroso como la blasfemia.

BODAS DE CANÁ.

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ.

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea.

(*Joann. 11, 1.*)

La nueva ley debía darse á conocer al mundo por medio de milagros, así como, despues de muchos prodigios, la antigua fué notificada á Moisés con la voz, digámoslo así, del trueno y la luz del relámpago. El mundo tenia necesidad de una revelacion sobrenatural; y como en lo que es superior á la razon no puede alegarse como prueba lo que la razon alcanza, por esto Jesucristo debía obrar milagros públicos, para manifestar su divina virtud, al enseñar á los hombres verdades superiores á la comprension de la humana inteligencia.

Por esto vemos, que el Salvador empieza por obrar milagros cuando da principio á enseñar al mundo.

El Evangelio nos dice, que el primer milagro lo hizo Jesucristo en ocasion en que asistia á una fiesta nupcial. Convenia mucho, que fuese en una boda donde hiciese su primer milagro, tanto para empezar en una tierna escena de familia á poner remedio al mal que la primera de todas habia causado, como para aplicar desde el principio de su predicacion remedios á la corrupcion de la carne y á los estragos de la concupiscencia. Cuando nos detenemos á examinar la llaga mas profunda que abrió en el hombre el primitivo pecado; cuando fijamos nuestra vista en el origen de esas grandes catástrofes consignadas en la historia, así en la que precede á la venida de Jesucristo, como en la que le subsigue, encontramos siempre los afectos carnales muy estragados, obligando á Dios á reprimirlos con grandes castigos. Con razon, pues, obró el Salvador el primero de sus milagros en una boda, como para restituir la familia á su primera institucion, y dar una direccion racional á los instintos carnales. Allí puede decirse que principió la vida noble del género humano, la santificacion de los afectos, y la purificacion de los deseos y de las intenciones.

Todas las circunstancias que concurren en la conversion milagrosa del agua en vino, que refiere hoy el Evangelio, son muy dignas de estudio, porque no hay quizá ninguna que carezca de misterio; por eso me propongo desenvolverlas todas en el presente discurso. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Segun San Pablo, la grandeza, la dignidad y excelencia del sacramento del matrimonio consisten, en que representa la union virginal, misteriosa é inefable de Jesucristo con su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est: dico autem ego, in Christo et in Ecclesia.* EPH. v, 32. De manera que, no porque el matrimonio es santo, lo celebró Jesucristo con la Iglesia; antes bien, la santidad del matrimonio procede de aquella santa y misteriosa union. Este misterio, que Jesucristo nos reveló despues por medio de su Apóstol, nos lo habia figurado ya en las bodas de Caná. Para comprender mejor este halagüeño misterio, recordemos, que David habia dicho, que el Hijo de Dios vendria á manera de un tierno esposo, que deja el lecho materno para ir á unirse á su amada esposa. PSALM. XVIII, 6. El Padre eterno habla por boca de Isaías á su divino Hijo en los siguientes términos: Levanta tus ojos, y mira al rededor de tí: toda esta inmensa multitud de pueblos se han congregado para venir á tus piés y ofrecerte sus homenajes y su amor. Todos estos pueblos no formarán más que un solo

pueblo, una sola persona, á la que te unirás como á tu esposa, y de la que te vestirás como del ornamento de tu gloria. ISAI. XLIX, 18. Segun estas proféticas palabras, es indudable, que el Hijo de Dios debia descender á nuestra humanidad, no como un señor severo, para someterla á su servidumbre; no como un príncipe poderoso, para reducirla á su imperio, sino como un amante generoso para elevarla á su consorcio: es indudable, que habia de establecer entre él y nosotros relaciones de perfecta confianza y de sincero amor.

Pero este profundo misterio de su misericordia no debia cumplirse sino con su muerte, por cuyo medio, como enseña S. Pablo, Loc. cit. y con el auxilio de los sacramentos, debian los hombres renacer á una nueva vida; y de todos ellos debia formarse la Iglesia, que, lavada, embellecida y hermoseada con la sangre del nuevo Adán, habia de ser su esposa. Así pues, movido del amoroso anhelo de darnos en vida la figura y la prenda de este tierno misterio, que debia cumplirse despues de su muerte, asistió á las bodas de Caná. Por consiguiente, al intervenir Jesucristo, con su presencia y sus milagros, en estas bodas carnales, quiso manifestarnos desde entónces, por ese mismo hecho, que habia bajado del cielo como en busca de una esposa, para unirse con la Iglesia en matrimonio espiritual. Este matrimonio del Hijo de Dios con la Iglesia se cumplió de una manera secreta, en el momento de la encarnacion, en que el Verbo eterno, uniéndose á la naturaleza humana, se hizo su cabeza y su esposo; y como la union del Verbo con la naturaleza humana es indisoluble y eterna, por eso, el vínculo del matrimonio cristiano, que Jesucristo elevó á la representacion de tan grande misterio, es tambien indisoluble y perpétuo.

A estos desposorios secretos, que el Verbo eterno, al tomar la naturaleza humana, habia contraido con las primicias de la Iglesia, debian suceder, como hemos dicho, otros desposorios solemnes y visibles con la sociedad de los hombres, que habia de incorporar á sí con su gracia, y con la que debia desposarse para siempre. Esta esposa, exterior y visible, segun los designios de su misericordia, debia ser la Sinagoga judaica, que fué la primera invitada á las nupcias, que el eterno Padre habia preparado á su unigénito Hijo. Mas los judíos, que correspondieron á esta invitacion divina, unos con el desprecio y con la ingratitud, y otros maltratando con crueldad al Esposo, se hicieron indignos de estas nupcias; por lo que se les excluyó de ellas para siempre, siendo en su lugar invitados y admitidos los gentiles.

2. El misterio de la repulsa de los judíos y de la eleccion de los gentiles á los divinos desposorios, mostróse figuradamente en las bodas

de Caná. Esta ciudad era limitrofe de los gentiles. Así pues, al observar el Evangelista, que Jesucristo salió de Judea y pasó á Galilea para obrar allí aquel milagro, quiso indicarnos, que el Señor debia abandonar muy pronto la plebe judía, y elegir la plebe de los gentiles para sus desposorios.

No olvidemos, que el Evangelista comenzó esta narracion diciendo, que las bodas de Caná se celebraron en el dia tercero. Esta circunstancia encierra un gran misterio. Estos tres dias significan los tres tiempos, en que Dios manifestó al mundo, de diversos modos, la luz de su verdad, é hizo alianza con los hombres: el primero fué el tiempo de la revelacion, que se hizo de viva voz á los primeros hombres, y se conservó por la tradicion entre los patriarcas; el segundo fué el tiempo de la revelacion escrita, que Dios hizo por medio de los profetas, durante la ley mosaica; el tercero fué el tiempo de la revelacion cristiana, en que, con la verdad, se difundió la gracia por todo el mundo por medio del Evangelio, y que comenzó á brillar con una nueva luz, cuando el Señor apareció entre nosotros vestido de nuestra carne mortal. Por esta razon el Evangelista no comienza la narracion diciendo simplemente: «El dia tercero;» sino que antepone la conjuncion, diciendo: «Y en el dia tercero;» como para enlazar esta tercera revelacion, esta tercera alianza, con las dos primeras, y manifestar, que seria la última, la mas noble y la mas universal, supuesto que este era el dia en que el Señor se habia de desposar con la Iglesia gentil.

Tambien nos hace observar el Evangelista, que Jesucristo fué llamado á las bodas: *Vocatus est autem Jesus*; cuya circunstancia encierra un misterio de gran piedad. Jesucristo, en su misericordia, habia determinado venir al mundo como esposo, y era esposo antes de venir. Sin embargo, para que nuestro mérito pudiese nacer de su misma bondad, manifestó, que habia venido á ruegos de los profetas, que continuamente lo llamaban, diciendo: *Inclina, Señor, esos tus cielos sobre nosotros y desciende á socorrernos; excita tu poder y ven: Inclina, Domine, caelos tuos, et descende.* PSALM, LXIX. En Caná de Galilea, Jesucristo, no solo fué invitado, sino rogado, estimulado y obligado á ir con una violencia amorosa; y por respeto y amor á Jesucristo fueron invitados tambien y recibidos amorosamente todos sus discípulos. En aquella buena ciudad se deseaba y se buscaba todo cuanto pertenecia á Jesucristo. Esta circunstancia indica claramente la buena voluntad, la docilidad y el amor con que la Iglesia de los gentiles habia de recibir al divino esposo, Jesús, despreciado y desechado por los judíos.

Los judíos tenían el conocimiento del verdadero Dios, la promesa y la fe del futuro Mesías, y el tesoro de las divinas Escrituras. Tenían la Sinagoga, puesta por el mismo Dios en medio de ellos, como una vid frondosa y fecunda, que les daba en abundancia el vino de las verdades santas. Pero cuando nació en medio de ellos el Señor, este vino precioso y suave había llegado á faltar, no porque la Escritura hubiese faltado en sí misma, sino porque los escribas y fariseos, encargados de explicarla al pueblo, la explicaban mal. Los judíos, á excepcion de algunos escogidos, entendían la Escritura como la entienden hoy sus sucesores, en un sentido material y corpóreo. Había, pues, faltado entre ellos el vino de la verdad, esto es, la inteligencia de las profecías y de las promesas divinas. Más si la falta de vino espiritual había llegado á ser grande entre los judíos, entre nosotros, los gentiles, era grandísima. Nuestros padres no habían conservado del vino confortante de Dios ni siquiera una gota. No tenían fe, ni esperanza, ni profecías, ni Escritura, ni tradiciones. Hasta las verdades primitivas, las verdades más importantes, habían desaparecido de entre ellos. El vino de las primeras nupcias, de la primera alianza hecha por Dios en la persona de Adán con todos los hombres de la revelación primitiva, había llegado á faltar, y no había quien quisiese ó pudiese darlo á beber á las gentes que estaban sedientas.

María, viendo que faltaba en el convite de Caná el vino material, se elevó á considerar la necesidad extrema en que gemían los judíos, y mucho más los gentiles, del vino espiritual. El lugar mismo en que se encontraba entonces María con Jesucristo, que era una ciudad casi gentil, le recordaba la profunda miseria en que había caído el gentilismo. Por esta razón, la tierna súplica que hizo María á Jesucristo, diciéndole: No tienen vino; aunque al parecer se refería al vino material, que faltaba á los convidados de Caná, era evidentemente misteriosa, y se dirigía principalmente á obtener para los gentiles el vino del Espíritu Santo, de que carecían absolutamente.

La respuesta de Jesucristo á la súplica de María aclara todavía más el misterio; porque esta respuesta no es conveniente, si no se admite, que se dió también en un sentido misterioso y espiritual. Pero suponiendo que María pidió para nosotros la gracia del Espíritu Santo, la respuesta del Señor se hace clara y determinada. El evangelista S. Juan dice: «El Espíritu Santo no había sido dado todavía, porque Jesús no había sido aun glorificado.» Por consiguiente, la petición de María á Jesús, para que diese el vino espiritual á los gentiles, no podía ser otorgada en el momento. Luego, al decir el Señor: «Mujer, ¿qué hay de comun entre nosotros? Mi hora no es llegada aun;»

fue como si dijera: En el misterio de Dios, de que se trata, no eres tú, con respecto á mí, más que una *mujer*, porque no es dado á la madre del hombre anticipar el orden de los misterios de Dios, toda vez que no ha llegado aun la hora de mi pasión. Cuando después de mi muerte y de mi resurrección haya yo vuelto al seno de mi Padre, entonces será dado al mundo el Espíritu Santo, que me pides para él. Habiendo, pues, comprendido la sapientísima Virgen, el profundo misterio de esta respuesta, conoció que su divino Hijo, aun con respecto al sentido literal de la petición, lejos de haberla desatendido, le había concedido lo que pedía, y que solo en el sentido espiritual había diferido, según el orden de los misterios, su cumplimiento. Pero hay aun más.

En la respuesta de su Hijo, no solo no descubrió María la menor sombra de resentimiento ó irritación, sino que vió en ella el misterio de piedad del Dios misericordioso; pues comprendió que al decirle el Señor: «Mi hora no ha llegado aun,» aludía á la gloriosísima hora de su pasión; y que mientras parecía negarlo, prometía solemnemente dar á todos aquel vino de nuestra redención, que debía servir para la salud de todo el linaje humano. ¡Oh corazones de Jesús y de María, tan llenos de amor para con los hombres! Mientras que los convidados solo cuidaban de saciarse de un alimento material, aquellos tiernos corazones se confortaban con un alimento espiritual, hablando de cosas sublimes relativas á los misterios de nuestra salvación, que ellos mismos debían cumplir muy pronto; cuyo lenguaje de piedad y de amor ellos solos entendían. Pero mientras llega el tiempo en que se han de cumplir tan grandes prodigios en el orden de la gracia y de la salvación de las almas, el piadoso Señor no se desdeña de obrar un prodigio ménos grande para fortalecer los cuerpos; y con esta figura, con esta prenda visible de lo que había de hacer en breve de un modo invisible por el bien de las almas, obedece á María, otorgándole en el sentido literal su petición, y dándole la esperanza y la seguridad de que hará lo mismo en el orden espiritual. Por esta razón, satisfecha María con lo que se le ha concedido de presente, y con lo que se le ha prometido para lo venidero, dice á los siervos: Id; acercaos á él, y haced cuanto os diga.

5. Los vasos de piedra para el agua, que el Evangelista dice se encontraban allí en número de seis, de la cabida de dos ó tres metretas ó medidas, destinados para las purificaciones judaicas; aquellos vasos descriptos tan minuciosamente por el sagrado historiador, no podían carecer de significado. El agua, en los Libros sagrados, es el símbolo de las revelaciones divinas y de las profecías que se habían

verificado en las diversas edades del mundo; y por lo tanto, las seis hidrias de agua significaban las seis edades del mundo, en las que no faltó la revelacion ni la profecía. El Evangelista no dice, que en unos de aquellos vasos cupiesen dos medidas, y en otros tres, sino que todos tenían la misma capacidad, conteniéndose en cada uno de ellos *dos ó tres* medidas de agua, con lo cual quiso significar, que en la revelacion ó profecía de cada una de aquellas edades, se indicó siempre la Trinidad, de modo, que unas veces se nombraron solamente dos personas, el Padre y el Hijo, comprendiéndose en ellas el Espíritu Santo, y otras veces se nombraron y se expresaron distintamente las tres divinas personas.

Las mismas ánforas se llenaron de agua por mandato de Jesucristo; lo cual significa, que la Escritura antigua habia sido dictada por el Hijo de Dios, y tenia á este mismo por autor. Pero Jesucristo, no solo es el autor de las Escrituras sagradas, sino tambien su personaje principal, porque todo cuanto hay en ellas se refiere á él, siempre en ellas se habla de él y por él. Así, pues, los seis vasos que se llenaron por su mandato, son las Escrituras de las seis edades del mundo, que fueron dictadas por él, y que serian vanas sin él. Más aunque las antiguas Escrituras estaban llenas de Jesucristo; como Jesucristo no se veia claramente en ellas, por esta razon eran como el agua, que contiene en sí el vino en cierto modo, porque de ella se forma, aunque no lo deja ver. Finalmente, solo en Jesucristo y por Jesucristo podia cumplirse lo que de él estaba escrito: por consiguiente, los vasos que se llenaron por su orden hasta los bordes, son las profecías, que solo en Jesucristo se cumplen y llegan al colmo de su perfeccion. El agua es un elemento frio é insípido. Y ¿qué cosa mas fria ni mas insípida, que los libros de los profetas, si no se ve en ellos á Jesucristo? De aquí es, que los judíos, que no ven á Jesucristo en este libro divino, lo desfiguran con interpretaciones vanas é indignas, lo tienen en las manos sin conocerlo, lo leen sin entenderlo, y lo veneran sin amarlo; es decir, que beben este licor de la sabiduría y de la salud eterna sin gustarlo, ni sacar de él provecho alguno. Más poniendo los ojos en Jesucristo, cambia totalmente la naturaleza de los sagrados Libros, pues no solo se hacen sabrosos, sino que embriagan santamente el alma con un gozo espiritual: Jesucristo, pues, al convertir el agua en vino, promete desde entónces figuradamente, convertir en su Iglesia el sentido literal de la Escritura en un sentido espiritual; la letra que mata, en el espíritu que vivifica; promete darnos el conocimiento verdadero y legitimo de sus oráculos, y revelarnos

los misterios que ellos contienen, las verdades que en ellos se ocultan, y las promesas que en ellos se hacen.

4. Los ministros, á quienes Jesucristo manda, que saquen del ánfora el agua convertida ya en vino, significan los sacerdotes de la Iglesia, destinados á la dispensacion de los misterios de Dios; y mas particularmente significan los sacerdotes que enseñan, es decir, los doctores del nuevo Testamento, que interpretan á los verdaderos cristianos la Escritura en el sentido espiritual. Debemos tambien observar, que aquellos ministros, que no pusieron en las ánforas más que agua, obedeciendo el mandato de Jesucristo, sacaron y distribuyeron vino. En esta figura vemos representados á los verdaderos doctores de la Iglesia católica, á los verdaderos *pregoneros* del Evangelio, los cuales, aunque hablan un lenguaje puramente humano, vano é ineficaz por sí mismo, como dice S. Pablo; sin embargo, como Jesucristo es quien los manda y los inspira por medio de la Iglesia, y ellos, obedeciendo á la Iglesia, obedecen su divino mandato; sus palabras, al predicar y explicar el Evangelio, se convierten en un vino misterioso, que embriaga suavemente el espíritu, fortifica el corazon y convierte las almas.

Finalmente, conviene observar, que los ministros de Caná recibieron orden de presentarse al arquitriclino ó maestresala, y esperar su juicio antes de servir á los convidados el licor milagroso. Este arquitriclino, hombre sabio y venerable, que ocupa el lugar del esposo, y que, en su nombre, preside el banquete, es Pedro, es el sumo Pontífice, el Vicario del esposo celestial, Jesucristo, en cuyo lugar y en cuyo nombre preside el gran banquete de los hijos de la Iglesia. Los obispos, los sacerdotes y los predicadores del Evangelio, deben someter siempre á él sus doctrinas, escuchar sus juicios, esperar sus órdenes, comunicar con él y depender de él en el ejercicio de su ministerio; porque á este hombre singular, de quien está escrito, que su fe no flaqueará, le fué concedido el alto privilegio de separar el verdadero vino de aquel, que solo tiene la apariencia de tal; esto es, la doctrina evangélica de la falsa doctrina; porque él, á semejanza del arquitriclino de Caná, no pregunta á los ministros, sino al esposo; es decir, toma de Jesucristo, de su palabra omnipotente y de su promesa amorosa, su propia inspiracion, y en ella funda su infalibilidad. El agua es el simbolo de los ritos judaicos, que solo purificaban los cuerpos. Así pues, Jesucristo, al convertir el agua en vino, quiso significar, que habia de convertir las ceremonias estériles de la ley en el vino de otras ceremonias más sublimes, y de unos sacra-

mentos más eficaces, que por virtud de su sangre habian de purificar las almas.

El agua, convertida en vino, significa tambien, en un sentido más especial, el agua del bautismo, que, en este sacramento, el verdadero Moisés convirtió en sangre con la vara milagrosa de la cruz; porque esta agua es aquella por la que se nos aplican los méritos de su sangre, y es, en cierto modo, su sangre misma, que nos purifica de las culpas. Jesucristo, pues, que en el *dia tercero* dice á los siervos de Caná: «Llenad de agua las hidrias de piedra,» era el mismo que, poco después, habia de decir á los apóstoles y á sus sucesores: «Id por el mundo y derramad en el corazón de los gentiles, duros como piedras, las aguas del bautismo, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.» Y al añadir: «Tomad de esta agua convertida en vino: *Haurite nunc,*» exhortó á todas las gentes, á que viniesen alegremente á sacar de las fuentes de sus llagas el agua misteriosa de la gracia.

Por último, al convertir el Señor el agua en vino, quiso darnos una muestra ó prueba anticipada de su poder divino, con el que más tarde habia de convertir el vino en sangre, al instituir el misterio de la Eucaristia; porque el vino consagrado es verdadera sangre, así como el agua de Caná fué verdadero vino; y por lo mismo, al preparar el Señor, con un milagro tan nuevo, una bebida de exquisito vino, resolvió prepararnos tambien á nosotros la bebida de su sangre en un nuevo é inefable sacramento.

Ahora pues, ¿quién hubiera creído, que un milagro, al parecer tan sencillo, comprendiese en sí tantos y tan consoladores misterios? ¡Oh grandeza! ¡Oh riquezas de las obras del Señor! ¡Oh profundidad del libro de sus Evangelios! Más, para descubrir en aquel milagro tales misterios, y recrearse en ellos, es necesario tener el espíritu de los Padres, estar penetrado de la grandeza de este Libro divino, y, sobre todo, tener su humilde fe, su tierno amor y su piedad sincera; porque, como lo dice el mismo Jesucristo, sus santos misterios no son conocidos por el orgullo de los sabios del siglo, sino por la sencillez de los santos; no por el que más estudia, sino por el que más ora; no por el que más examina, sino por el que más ama.

5. Lo que en Caná se verificó figuradamente una sola vez, se repite en la Iglesia á cada instante: porque, en efecto, los obispos y los sacerdotes de la Iglesia no hacen otra cosa, que preparar á los verdaderos fieles este divino banquete, y elevarlos á las nupcias con Jesucristo; nupcias verdaderamente nobles, en las que no se trata de unir los

cuerpos, sino las almas con Dios; banquete precioso, cuyos manjares no son carnales, sino espirituales.

Aquellas bodas figurativas se celebraron en Caná de Galilea. Caná significa *celo* ó *amor*, y Galilea significa *transmigracion hecha*. De manera, que el lugar mismo en que se celebraron aquellas bodas carnales, nos indica claramente las condiciones indispensables para celebrar nuestras bodas espirituales; es decir, que para unirnos á Jesucristo con un vínculo santo y celestial, es necesario tener el *celo* ó el fervor del amor de Dios y del prójimo; y se necesita hacer una transmigracion total y perfecta del corazón, convirtiéndole de los vicios á las virtudes, de las cosas terrenas á las celestiales, de las visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, del diablo á Jesucristo.

¡Dichosos nosotros, si, dóciles á las inspiraciones de la gracia, hacemos esta mística transmigracion de nuestros pensamientos, cuidados y afectos, por medio de una generosa renuncia de los honores é intereses mundanos, y de los deleites carnales! Entonces el divino Cordero se unirá indudablemente á nosotros, y nos hará dignos de sus celestiales nupcias. ¡Oh nupcias divinas y espirituales! El hombre sensual y profano no las comprende, porque no las conoce; no las apetece, porque no las comprende; y por lo mismo que no las apetece, ni comprende, las desprecia, se rie de ellas, las llama piadosos delirios de imaginaciones exaltadas, y sueños vanos de un ascetismo sin fundamento ni realidad. Verdad es, que son un misterio de la gracia y del amor divino, pero un misterio que se repite á cada instante en millones de almas verdaderamente cristianas. Buscad una alma que, purificada por medio de la penitencia, de la oracion y del amor, deje libre su corazón á Dios que, al criarlo, lo escogió para morada, y vereis como su palabra no falta y su promesa se cumple. Así como el alma se entrega toda á su divino Amado, así este Amado divino se comunica todo al alma, la une á sí con una union espiritual, íntima y verdadera, y la convierte en amiga y esposa suya. En virtud de esta íntima é inefable union del hombre con Dios, la mente se eleva y el corazón se dilata; la fe, adelgazando el velo que la cubre, imita la vision; la esperanza adquiere la seguridad de la posesion, y la caridad disfruta las primicias de la felicidad celestial. La paz de Dios, el sosiego delicioso del corazón, que excede á todo placer mundano, y que solo se encuentran en la union con Dios y en el silencio de las pasiones, descienden á inundar el alma de aquel inefable consuelo, de aquellas delicias espirituales, que se sienten mejor que no se describen: la tierra desaparece para el hombre, que desde entonces mo-

ra con sus afectos en el cielo. Hagamos nosotros la prueba, y veremos y confesaremos, como confiesan las almas verdaderamente fieles, que nada en nosotros iguala á la felicidad de estar unidos con Dios, y vivir en Dios y con Dios; y de este modo, nuestras bodas espirituales con el Hijo de Dios, principiadas en el tiempo, se continuarán, se perfeccionarán y nos harán dichosos en la eternidad. *Así sea.*

BORRACHERA: Véase EMBRIAGUEZ.

BULA DE LA SANTA CRUZADA.

Fili mi, ne dimittas legem Matris tuæ.

Hijo mio, no deseches las leyes de tu Madre.

(Prov. 1, 8.)

Los doctores católicos, que han examinado atentamente el valor de las innumerables gracias contenidas en la Bula de la santa cruzada, no creen encontrar palabras bastante expresivas para encarecerla, y la comparan á la fuente del paraíso terrestre, que dividida en cuatro abundantes rios, fertilizan nuestra península hasta convertirla en un jardin de los divinos recreos. Y, efectivamente, examinadlo, hermanos míos, con atención, y vereis, que de su centro sale un rio de gracias, cuyo objeto es el de extinguir ó mitigar las llamas del purgatorio. Tal es la Bula de difuntos: en ella se concede una indulgencia plenaria á favor del alma por quien se toma; gracia, que se multiplica, multiplicando los Sumarios, como efectivamente pueden multiplicarse á favor de diferentes almas. El segundo rio, que sale de la rica fuente de la cruzada, tiende á favorecer á los sacerdotes con el uso de lacticinios para el tiempo de Cuaresma, en los términos que expresa la Bula de este nombre. El tercer rio corre por el dilatado

campo de los fieles, ofreciendo tesoros para satisfacer por los bienes mal habidos: tal es la Bula de composición. Por el cuarto, y principal de estos rios, nos comunica la Iglesia inefables privilegios, en cuyo cotejo es arena de poco valor cuanto estiman los mundanos.

De esta clase son las muchas indulgencias plenarias, que con la Bula podemos ganar á favor de nuestras almas ó de las del purgatorio, si, compadecidos de sus penas, se las aplicamos. De la misma Bula de la cruzada se deriva el inefable favor, de poder ser absueltos de censuras y pecados reservados á los señores obispos, exceptuando la herejía mixta. Esta Bula nos proporciona la conmutacion de votos y juramentos, y nos concede el privilegio de poder celebrar, oír misa y recibir sacramentos, excepto la comunión en la Pascua, en las iglesias y oratorios domésticos, aun en tiempo de entredicho. También nos permite los lacticinios en la Cuaresma y otros dias de ayuno, y el uso de carnes saludables en los dias de abstinencia, precediendo el consejo del médico espiritual y temporal.

Pero este privilegio, que tiende al alivio del cuerpo, no nos merece siquiera una pequeña parte de esta oración, en vista de los inefables bienes que por la Bula se ofrecen á nuestro espíritu. Meditadlo bien, hermanos míos, y ved si será prudente privaros de ellos por una insignificante limosna, que se aplica á fines muy dignos de vuestra atención. Ved si podeis corresponder á la amabilidad de nuestra madre la Iglesia, empeñada en dejaros llano y expedito el camino del cielo, pagando vuestras deudas con su propio tesoro. Acoged con dócil corazón esta Carta, que su amor os dirige, Carta dictada con el mismo espíritu con que, en otro tiempo, la expidieron los Urbanos, Gregorios, Pascuales, Calixtos, Eugenio, Inocencios; la predicaron los Bernardos y Luises de Francia; la autorizaron los Concilios de Clermont y Lateranense general, y la aplaudieron, como dádiva de Dios, innumerables fieles de todas clases, que concurrieron á su publicación.

Meditadlo bien, hermanos míos, mientras que, para uniros en el más tierno amor con la esposa del Crucificado, voy á exponeros algunas consideraciones sobre las mismas gracias, que, según acabais de oír, os dispensa la Iglesia en su preciosa Bula. La oportunidad me precisa, hermanos míos, á ocuparme de este especial asunto; más, para exponerlo con utilidad y acierto, necesito la gracia; pidámosla por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. Entre las expresiones de consuelo, á las que, al parecer, vinculó Dios el desahogo del corazón humano, la más tierna y dulce es